Cuando decimos: Sujeto

Cecilia Sinay Millonschik

Este texto intenta ser una puesta al día de algunos pensamientos que me han rondado últimamente acerca de cuál es mi idea actual en relación con el humano.

Atravesada por el estudio de la Etología y la Filosofía y acompañada por todo lo que me ha dado la Literatura, creo que hoy mi Psicoanálisis está indisolublemente vinculado con esos recorridos.

Así es que, si yo hoy tuviera que definir cuál es mi visión psicoanalítica del sujeto humano, diría que lo pienso con un modelo trágico-darwiniano.

Esto, en un lenguaje más coloquial, podría traducirse en algo así como que el hombre hace lo que mejor puede para sobrevivir física y psíquicamente.

En lo que se refiere a su supervivencia biológica, supongo que funciona más o menos como cualquier otro ser vivo (aceptando que, entre los seres vivos, hay enormes diferencias), por lo que no me voy a ocupar de eso aquí.

En lo que sí quiero detenerme ahora es en el modo paradójico en que maneja su supervivencia psicológica.

Creo que todo aquello por lo que se acude a nuestro consultorio (como recorte privilegiado de nuestra observación del padecimiento humano) tiene que ver con los modos, probablemente erróneos pero seguramente paradojales, con los que nos manejamos.

Estos padecimientos tienen que ver, diría, con lo sitios en los que hemos perdido nuestra condición de sujetos: ese brazo que se paraliza, esa compulsión que nos gobierna, esas defensas que nos acorazan, esos delirios que nos enajenan son –a su modo– el mejor modo que hemos encontrado para sobrevivir.

Pero es un modo que, a su vez, nos coarta en nuestra posibilidad de ser sujetos de nuestra existencia.

Pienso que, en aras de tratar de conquistar una vida más rica como sujetos, es necesario que reconozcamos, como mejor podamos, nuestra condición de objetos.

Quiero decir que, respecto de las cosas más importantes de nuestra vida, somos objeto: somos objeto de nacer y de morir; somos objeto de una combinación cromosómica particular; somos objeto de un sitio en el que nos ha tocado observar –atónitos– el Universo; somos objeto de un desconocimiento que sólo nos permite conjeturar acerca de todo aquello que nos asombra y nos preocupa; somos objeto de una capacidad de abstracción más inasible de lo que podría gustarnos o convenirnos; somos objeto de tener destellos de nuestra finitud.

Creo que sólo el reconocimiento profundo y doloroso de esta nuestra condición de Objeto puede permitirnos adueñarnos de nuestra condición de Sujeto allí donde podemos serlo.

Pienso que éste es el recorrido de cualquier intento de acceso a algún tipo de sabiduría humana.

Cambiar una miseria personal por una angustia humana, decía Freud; creo yo que hablando de lo mismo.

Toda forma de autocercenamiento de nuestra condición de Sujeto (es decir, allí donde es posible que lo seamos) puede ser considerada un microsuicidio: no poder mover un brazo sano, correr hacia un lugar que nos ha demostrado hasta el cansancio que nos produce sufrimiento, torcer nuestra capacidad de razonar cuando nos ha sido dada; son formas de automutilación.

El suicidio es la muestra más espectacular –creo yo– de este deslizamiento desdichado de nuestra intolerancia a esa condición dialéctica de Sujeto-Objeto.

Quien se suicida no muere; se mata.

Dicho de otro modo, no es Objeto sino Sujeto de su muerte.

Creencia ilusoria que, como todas ellas, nos permite destruirnos con un alarido desgarrado de triunfo desesperado y omnipotente.

"Ni la Vida ni la Muerte me van a jugar esta mala pasada porque Yo soy la Vida y la Muerte" parece decirnos en su dolorosa destrucción el suicida.

Voy a tratar, ahora, de desplegar con más detalle estos puntos. Cabe hablar de Sujeto, de Tragedia, de Darwin…

Todo aquello de lo que los humanos hablamos, habla –en reali-

dad– del humano. Es decir, se trata de modelos, paradigmas como suele decirse, que usamos los humanos para explicarnos desde cómo funciona el mundo hasta cómo funcionamos nosotros. Estamos lejos de poder dar cuenta de eso tan huidizo e inaprehensible que acostumbramos llamar la realidad. Lejos estamos de saber. Somos, sí, dueños de la conjetura. Y el Psicoanálisis también –no podía ser de otro modo– es una conjetura. Varias, en verdad. Puesto a explicar cómo se constituye eso que llamamos sujeto, el psicoanálisis no es uno; es multitud.

Si tomamos algunas de las polaridades que solemos considerar a la hora de clasificar: adentro-afuera, biológico-cultural, mundo interno-mundo externo, objeto-pulsión, madre-bebé, individualidad-díada, y podríamos seguir; creo que tenemos que detenernos a pensar algunas cosas.

En primer lugar, que somos nosotros y no el mundo lo que está clasificado y dividido. También, que nos cuesta mucho (al menos en Occidente moderno) no pensar en términos de polaridades. Además, es posible que las cosas no sean lo que creemos que son.

Desde el Sujeto hablado por el lenguaje hasta el Yo ante todo yo corporal; desde las tres definiciones de Yo que da Freud en "El Yo y el Ello" y que abarcan todo el trayecto desde el cuerpo hasta el mundo y aun el sitio en que ambos se separan y se juntan, hasta el Yo que todo lo que puede hacer es ser el sujeto de la enunciación, es evidente que no sólo pensamos más de una cosa sino que no siempre esas cosas son comparables o congruentes.

Así, en Psicoanálisis, los asuntos han sido conceptualizados en términos de pulsiones (vida-muerte), de objetos (parciales o totales), de conquista del conocimiento y de un aparato para pensar, de la afirmación de una situación simbiótica inicial, de la ineludible necesidad de la instauración de un narcisismo que permita la constitución de un *self* bien plantado, de una sexualidad adultamente resuelta, de un sujeto antecedido por la cultura, de una etapa de apego imprescindible.... De un Sujeto, en suma, que se constituye, sin demasiadas aclaraciones de si lo uno o de si lo otro, ya sea por vía del *porre* o por vía del *levare*.

Quiero decir que, a mi juicio, cada una de estas ideas se corresponde con una ideología, una cosmovisión, una filosofía de quien la enuncia. Esta filosofía subyacente puede ser más o menos explícita. Trataré de ser lo más explícita que pueda con la mía.

Obviamente, todo lo que diré es mi modelo. O mis modelos.

Porque no me interesa tratar de decir una sola cosa que cierre por todos lados. Más vale me interesa transmitirles que, a mí, las cosas no me cierran.

Pienso que el hombre es un ser bio-psico-social; biopsicosocial, sin guioncitos.

El cachorro humano nace prematuro. El conjunto de una serie de fenómenos que incluyen la bipedestación, el enorme desarrollo de su cerebro, el estrechamiento de la pelvis femenina, la liberación de los miembros anteriores, su posibilidad de echar la mirada al horizonte y muchos otros factores concurren para que el cachorro humano nazca prematuro. A los nueve meses de gestación cuando, en realidad, esa gestación debería durar veintidós meses (este fenómeno se vincula con la neotenia). Pero si sucediera así, la cabeza del bebé no pasaría por la pelvis materna. Por lo tanto, el cachorro humano nace marsupial, con las fontanelas abiertas, sin dientes, inmaduro, incapaz de valerse por sí mismo, condenándose y condenando a su madre a andar con la cría a cuestas, a falta de bolsa como los canguros. Esta cría y esta hembra difícilmente sobrevivirían sin la presencia de un macho y de un grupo de semejantes. Poco sentido tiene, para mí, preguntarme si esto es un fenómeno biológico o un fenómeno social. La supervivencia humana, sencillamente, no es pensable sin cuerpo y sin sociedad. Nos falta el psiquismo.

Algunos animales vuelan, otros nadan, están los que corren; el hombre abstrae. La capacidad de abstracción del hombre está vinculada con el conocimiento que tiene de su transcurso, de su recorrido y de su fin. Se supone que el hombre es el único animal que sabe de su muerte. Tan frágil y tan consciente de su fragilidad. Hueso duro. Se considera que el hombre es hombre a partir del momento en que entierra sus muertos, ¿allá por el Australophitecus? Allí, el hombre muestra su sentir religioso, sus conjeturas acerca de otra vida después de la muerte, su capacidad de abstracción, su equiparación muerte-renacimiento, su acceso al símbolo (conservar la cosa cuando la cosa no está), su preocupación por su muerte individual y no por el destino de su especie; allí el hombre se separa en cuerpo y alma. ¿Psiquismo? ¿Sujeto?

El hombre sabe ignora que va a morir. Su entendimiento, como su pupila, regula la luz que es capaz de resistir.

Y su enorme capacidad de modificar su mundo, Rey de la Creación, a imagen y semejanza, todas las omnipotencias se juegan en él con desmesura.

Los salmones remontan los ríos hasta sus fuentes para desovar. Si se construye un dique en el río –dado que la técnica anda mucho más rápido que la evolución de las especies– los salmones darán contra la pared del dique y se extinguirán. Pues bien, el hombre es el único salmón capaz de construir un dique en su propio río de desove. "Después de mí el diluvio", "En mis tierras nunca se pone el sol" son algunas de las frases desmedidas y soberbias con las que el hombre quiso ser más que Dios, más que la Naturaleza. Y no sólo compite con los dioses.

El hombre, como Fausto, quiere el conocimiento absoluto. Y allí está Mefistófeles para hacerlo firmar, justo en ese instante de desesperación y ceguera. Un Diablo que, naturalmente, no se aparece con la cola y los cuernitos: "Mefistófeles, mucho gusto". Nada de eso. Tiene infinitos disfraces. Los que nos suenan a los argentinos: Desaparecieron. Un peso = un dólar. ¿Sabés qué es un Banco?: yo te banco. ¿Pensar qué?; el crédito ya te lo dieron. ¡Internet gratis!

¡¡Semejantes gangas!! ¡Como si no supiéramos en qué se cobra el Diablo!

Dioses o Demonios, los seguimos construyendo a nuestra imagen y semejanza.

Dios Cocodrilo – Dios Mercado

Cinco mil años de diferencia. Los mismos gestos apaciguatorios. Los mismos sacrificios humanos. Y los mismos suicidios. La Torre de Babel, la Expulsión del Paraíso, la Tragedia de Edipo son historias que nos cuentan cuál es el destino del hombre cuando intenta escapar de su condición trágica y pretende saber más que los dioses.

Porque el hombre, en tanto hombre, es un ser virtual. Y no me refiero a lo que hoy se llama virtualidad. Hablo de su capacidad de representar, ilusionar, imaginar, pensar, lo que no está.

El Psicoanálisis tiene algunas hipótesis que le permiten saber negar. La del parricidio edípico es una de ellas. Si me puedo sentir culpable de que mi padre muera porque, en mi fantasía, yo lo maté; yo soy Sujeto y no Objeto de la Muerte. Así creo yo que es. Volveré luego con más detalle sobre esto. Tanto como la escasa consideración que se hace de la muerte, salvo para llamarla una pulsión, con lo cual queda desdibujado –otra vez– si soy Sujeto u Objeto de la Muerte.

Yo creo que el humano es un ser signado por lo trágico. Tiene características que, a mi juicio, lo hacen profundamente trágico. Trágico en el sentido de "sin remedio". Así como hay animales que vuelan, hay animales que nadan, hay animales que rumian, animales

que se arrastran… el humano es un animal que piensa. Piensa mucho.

O sea, el humano es un animal con una cabeza así de grande y un cuerpito así de pequeño, y lo sabe. Como el feto, con semejante cabezota… que, curvado, mira su cuerpito enclenque. Así, a mi juicio, se mira el humano, con un profundo asombro. Una cabezota –capaz de pensar enorme cantidad de cosas– y su conocimiento negado (pero conocimiento igual) de que tiene un cuerpo débil, lábil, incompleto… esto es muy difícil de digerir. Yo creo que el humano no lo digiere y allí, a mi juicio, está lo "psi".

Todo lo "psi" tiene que ver con el desencuentro y el encuentro, las armonías y desarmonías, entre la tremenda capacidad de ideación humana y la falibilidad, conocida-desconocida, que tiene de su cuerpo, de su biología.

Toda lucha a muerte siempre es por la supervivencia. Nadie mata si no es para sobrevivir. Sólo que en el humano la supervivencia tiene características particulares. No sólo tiene que matar seres vivos para comer, como cualquier animal de cualquier especie, sino que tiene que matar para sobrevivir psíquicamente. Por supuesto, no es que andemos matando para sobrevivir psíquicamente, no es literal. Lo digo así porque así es fuerte y se entiende lo que quiero decir.

El hombre nace objeto, se cría objeto: prematuro, marsupial, inmaduro, imposibilitado de vivir fuera de la cultura, hablado por ella, etc. Pero además nace objeto porque tiene semejante cabezota para ese cuerpito. Tiene noción de que no es dueño ni de su nacimiento ni de su muerte. Tiene noción de que no es Sujeto de su existencia. Por supuesto que tiene esta noción y la niega, pero el humano se sabe Objeto. Ahí está la otra condición trágica de lo humano. Lo característico de la tragedia es que los humanos no son dueños de su destino; creen que son dueños de su destino, pero no lo son.

Según la concepción o la cosmovisión de cada época son manejados por los dioses, por el ADN, por los genes, por los gobiernos... pero no son dueños de su destino. Especialmente no son dueños de nacer ni de morir.

Lo único que podemos hacer los humanos cuando se nos ocurre ser Sujeto de aquello de lo que somos Objeto es equivocarnos. Porque lo único que el ser humano puede hacer entero es matar. Dar vida entera, sin muerte, no puede. Pero dar muerte entera, sin vida, sí. Matar está dentro de las posibilidades humanas. No así, vivir sin muerte.

Nosotros tenemos hijos, les damos vida y les damos muerte. Si no podemos tolerar eso, lo único que podemos hacer es dar muerte. Es lo único que le queda al humano que quiere ser inmortal.

El humano es campeón en este modo de funcionar. En grande, en chiquito, todo el tiempo. El hombre se va convirtiendo en matador a fuerza de ser el Rey de la Creación. Autodenominado el más alto de la escala zoológica, se considera heredero de los dioses y anda a diestra y siniestra nombrando y clasificando todo lo que hay en el mundo, ordenándolo, organizándolo, extinguiendo especies.... De allí que hay una fantasía, realidad, imaginario colectivo, mito, no sé, de que el humano va a terminar suicidándose; además de matar a unos cuantos otros antes. Probablemente sea una exageración, porque yo pienso que cualquier día puede chocar un meteorito con la tierra y nosotros, de omnipotentes que somos, creeremos que lo hemos hecho por las nuestras. Pero creo que, si nos dejan por las nuestras, es bastante probable que terminemos haciendo una orgía de contaminación, agotamiento de las especies y autoflagelación que no terminaría mientras tuviéramos aire.

Toda vez que yo mato, es para no morir. Es una forma muy sofisticada de lucha por la supervivencia. Toda vez que alguien mata, alguien muere. Y el que es sujeto de matar, obviamente, no es objeto de morir. Entonces, cada vez que uno mata se refuerza como siendo el no muriente. Uno es la muerte y no el objeto de la muerte.

Quiero hablar ahora de la interpretación del mito de Edipo. La que hace Freud; a comienzos del 1900, absolutamente imbuido del espíritu de su tiempo, con una historia larga de judeo-cristianismo, con una concepción del hombre del libre albedrío, con ideas de culpa-castigo y con un marco teórico-científico fuertemente positivista; es una interpretación anacrónica. El mito no tiene una sola explicación posible, porque los mitos tienen eso, están escritos en gerundio, siempre están tratando de decir, nunca dicen nada acabado; lo demás son interpretaciones nuestras. De todas las interpretaciones que se han hecho y, seguramente, se harán, quiero mencionar las que contienen explicaciones parricidas o filicidas, porque de eso voy a hablar ahora. Edipo nace y, por una larga historia que viene de sus ancestros del lado paterno, probablemente materno también, está condenado a morir. A su padre el Oráculo le ha dicho que va a tener un hijo que va a desposar a su madre y lo va a matar a él. Por lo tanto, cuando Yocasta lo embriaga para quedar embarazada, él (Layo) decide que lo mandará matar. Cuando nace Edipo, quien lo lleva para

ser muerto se compadece y el niño termina adoptado: Edipo es un hijo adoptado. Cuando llega un momento de su vida en que quiere saber acerca de su destino, va a preguntar al Oráculo. Y el Oráculo le dice que él matará a su padre y desposará a su madre.

Por eso Edipo, como un buen judeo-cristiano, se va. Pero como es un héroe trágico, se va y en el camino de su destierro se encuentra con la Esfinge que le pregunta: "¿Cuál es el animal que a la mañana anda en cuatro patas, al mediodía en dos y a la tarde en tres?" Y él responde: "Ese animal es el hombre" (aludiendo al ciclo vital: gatea, camina, se apoya en un bastón). O sea, Edipo sabe del ciclo vital, tanto lo sabe que consigue que la Esfinge se tire del monte y se suicide.

Además de salvar a Tebas de ese monstruo que se llevaba la vida de los jóvenes, se cruza con alguien que le pasa el carro por encima del pie (dañado, porque lo colgaron de allí cuando lo iban a matar: Edipo quiere decir "pie hinchado"); se enfurece y mata al que le pasa por arriba, y a otros más, y sigue su camino.

Llega a Tebas donde, casualmente, la reina quedó viuda. Lo reciben con todos los honores porque los ha salvado de la Esfinge (que les costaba periódicamente la vida de varios jóvenes y doncellas) y le piden que sea soberano de Tebas, puesto que el soberano ha muerto y la reina ha quedado viuda. Edipo, como buen judeo-cristiano, se casa con la viuda y gobierna Tebas. El resto ya es sabido.

Curiosamente, también, entre sus múltiples ignorancias (por ejemplo, la de que es adoptado), desmiente lo que le adivinó a la Esfinge porque, al casarse con su madre y tener hijos con ella, esto (el incesto) –como dicen Les Luthiers– "trae larga secuela: de sus propios hijos Yocasta es abuela". O sea: es un salto generacional, es una alteración del transcurso de las generaciones. Es decir que altera y desconoce el ciclo vital que adivinó a la Esfinge. Edipo va ciego de movida.

Eso es un héroe trágico. Sabe, sabe, sabe; pero lo esencial, no lo sabe. Esto es el ser humano.

Yo creo, como ya dije, que el Edipo admite otra explicación y otra, y otra. Intento una.

Creo que todo hijo que nace da muerte a su padre. En el terreno humano, en el terreno de lo "psi". Cada vez que uno tiene un hijo, sabe que no puede remontar el tobogán. Ya nunca más va a ser hijo. Puede seguir siendo hijo de sus padres pero hay un lugar en el que sabe que, de acá en más y para siempre, se acabó. Esto es irreversible y no tiene vuelta atrás, sabe que el tiempo es lineal y no circular, que

hay sitios de los que no se vuelve. Uno puede hacer y deshacer muchas cosas en la vida, pero un hijo, salvo que se lo mate, no tiene forma de volver atrás. Y aún así. No hay reversibilidad. O sea que tener un hijo, nos pone inexorablemente frente al abismo de las generaciones.

La edad en la que el humano tiene más miedo a la muerte es en la adolescencia. Y es la edad en la que más la desafía. Necesita demostrarse todo el tiempo que no es mortal, porque es cuando sabe que lo es; y sabe que lo es porque a partir de ese momento puede ser procreador. Procrear, tener un hijo –así como la muerte de los padres– lo hace a uno sabedor de su ser mortal.

Todo hijo que nace da muerte a su padre.

Pero también todo padre que tiene un hijo da muerte a su hijo, porque le da la vida y le da la muerte. No podemos hacer un hijo inmortal. Nosotros nos hacemos la ilusión de que nuestros nietos nos van a sobrevivir. Sí, nos van a sobrevivir; si todo anda bien, nos van a sobrevivir. Pero no hay posibilidad de darles a nuestros hijos y/o a nuestros nietos una vida solamente, les damos vida y les damos muerte.

Si esto no se puede soportar, sólo les vamos a dar muerte. O podemos no tener hijos.

Por lo tanto, todo padre que tiene un hijo le da muerte.

Esta es una de mis maneras de entender el Edipo. Hay otras, pero ésta es la que me interesa para el tema del que estamos hablando.

Todos los rituales humanos tienen el sentido de organizar, de algún modo, su condición de mortal.

No sólo en las religiones; esto es, además, una filosofía de vida. Por ejemplo, los tan en boga libros de autoayuda se corresponden con una cosmovisión que tiene que ver con que la vida tiene solución; es cuestión de encontrar cuál es. La concepción trágica está basada en la idea de que la vida no tiene solución. O la aceptamos así como viene; o tratamos de someternos, lo mejor posible, a sus designios, para poder ser Objeto de lo que nos espera, para no suicidarnos; o no tiene solución.

Es interesante, también, considerar la reciprocidad dialéctica entre Sujeto de la muerte y muerte del Sujeto, ya que una de la cosas que el hombre más teme de su muerte es la desaparición de su individualidad como Sujeto. Quizás ser Sujeto de la Muerte lo consuele de la Muerte del Sujeto.

He aquí el Hombre.

En esa capacidad de saber de sí, de importarse y de valorar su suerte más que la de la especie; en ese ignorar el sentido de su vida, en esa reflexión acerca de su destino, de su origen y de su esencia, radica su condición de Sujeto. También en saberse Objeto y no Sujeto de su vida y de su muerte. Sujeto trunco. Sujeto de saber y de ignorancia. Sujeto trágico.

Sujeto Humano.

BIBLIOGRAFIA

ARIÉS, P. *La muerte en Occidente.* Barcelona, Argos Vergara, 1982.

— *Homen diante da morte.* Río de Janeiro, Francisco Alvez Editora, 1982.

CAMPBELL, J. (en diálogo con Moyers, B.) *El poder del mito*. Barcelona, Emecé Editores, 1991.

CASSIRER, E. *Filosofía de las formas simbólicas.* México, Fondo de Cultura Económica, 1976.

CASTANEDA, C. *Las enseñanzas de Don Juan*. México, Fondo de Cultura Económica, 1974.

CIRLOT, E. *Diccionario de símbolos.* Barcelona, Ed. Labor, 1985.

DARWIN, C. *El origen de las especies por la selección natural.* Madrid, Librería Bergara, 1936.

— *El origen del hombre.* Santiago de Chile, Zig-Zag, 1939.

DAWKINS, R. *El gen egoísta.* Barcelona, Labor, 1979.

DE QUINCEY, T. *Del asesinato considerado como una de las bellas artes.* Barcelona, Barral Editores S.A., 1974.

EIBL-EIBESFELDT, I. *Amor y odio*. México, Siglo XXI, 1977.

— *Etología.* Barcelona, Omega, 1974.

ELÍADE, M. *Lo sagrado y lo profano.* Barcelona, Labor, 1967.

— *Tratado de historia de las religiones.* Madrid, Ediciones Cristiandad, 1974.

— *Historias de las creencias y las ideas religiosas.* Madrid, Ed. Cristiandad, 1978.

ELLUL, J. *Los nuevos poseídos.* Caracas, Monte Avila, 1978.

FERRATER MORA, J. *Diccionario de Filosofía.* Madrid, Alianza Ed., 1984.

FEYERABEND, P. *Adiós a la razón.* Madrid, Tecnos, 1984.

FLETCHER, R. *El instinto en el hombre.* Buenos Aires, Paidós, 1982.

FOUCAULT, M. *Historia de la sexualidad. Tomo 1: La voluntad del saber.*

Tomo 2: El uso de los placeres. Tomo 3: La inquietud de sí. México-Madrid, Silgo XXI Editores S.A. de CV y Siglo XXI de España Editores S.A. (en coedición), 1977, 1986, 1987.

Freud, S. *Obras completas.* Madrid, Biblioteca Nueva, 1948.

Kacelnik, A. Sexualidad y biología. *Psicoanálisis (Revista de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires),* Vol. XVI, N°2, 1994.

Kant, I. *Crítica de la razón pura*. Ed. Santillana. Madrid, Alfaguara, 1997.

Kuhn, H. *El despertar de la humanidad.* Buenos Aires, Fabril Editora, 1961.

Kuhn, T. S. *La estructura de las revoluciones científicas.* México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

Lévi-Strauss, C. *Las estructuras elementales del parentesco.* Buenos Aires, Paidós, 1969.

Lorenz, K. *La otra cara del espejo.* Barcelona, Plaza y Janés, 1974.

— *Sobre la agresión: el pretendido mal.* México, Siglo XXI, 1978.

Lorenz, K. y Leyhausen, P. *Biología del comportamiento: raíces instintivas de la agresión, el miedo y la libertad.* México, Siglo XXI, 1979.

Monod, J. *El azar y la necesidad.* Barcelona, Tusquets, 1981.uen

Montagu, A. *La naturaleza de la agresividad humana.* Madrid, Alianza, 1978.

Morin, E. *El hombre y la muerte.* Barcelona, Editorial Kairós S.A., 1974.

— *El paradigma perdido.* Barcelona, Kairós, 1974.

Nagel, E. *La estructura de la ciencia.* Buenos Aires, Paidós S.A.C.I.F., 1968.

Popper, K. R. y Eccles, J. C. *El yo y su cerebro.* Barcelona, Labor, 1980.

Repollés, J. *Las mejores leyendas mitológicas.* Barcelona, Bruguera, 1978.

Sartre, J. P. *El Ser y la Nada.* Buenos Aires, Losada, 1966.

Schopenhauer, A. *El amor, las mujeres y la muerte.* Buenos Aires, Malinca Pocket, 1964.

Sinay Millonschik, C. *Psicoanálisis y Shamanismo.* Buenos Aires, Letra Buena,1991.

— *El Psicoanálisis, esa conjetura.* Buenos Aires, Paidós, 1993.

— *El Andrógino.* Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1996.

Snow, C. P. *Las dos culturas y un segundo enfoque.* Madrid, Alianza Editorial, 1977.

Sófocles *Edipo Rey.* Madrid, Editora Nacional, 1977.

Thorpe, W. H. *Naturaleza animal y naturaleza humana.* Madrid, Alianza, 1980.

Vianú, T. *Los problemas de la metáfora.* Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1967.

Wilber, K. (Editor) *Cuestiones cuánticas. Escritos místicos de los físicos*

más famosos del mundo (Heisenberg, Schrödinger, Einstein, Jeans, Planck, Pauli, Eddington). Barcelona, Kairós, 1984.
WILSON, E. D. *Sociobiología. La nueva síntesis.* Barcelona, Omega, 1980.

Trabajo presentado: 04/07/2011
Trabajo aceptado: 09/08/2011

Cecilia Sinay Millonschik
República de la India 2921, 5º "B"
C1425FCE, Capital Federal
Argentina

E-mail: cesinay@arnet.com.ar